

cocina por no abofetear á su hermana. Y cuando ésta, después de meter las vacas en el establo, se presentó, entró en la cocina á coger un pedazo de pan, y reinó un silencio extraño.

Elisa ya se había calmado. La vista de la hermana, tiosa, seria y enfadada, la fastidió. Ella habló la primera, deseosa de cambiar la situación por medio de una noticia imprevista.

—¿No sabes que Juan quiere casarse conmigo y que me ha preguntado.....?

Francisca, que estaba comiendo de pie al lado de la ventana, permaneció indiferente, y ni siquiera volvió la cabeza.

—¿Á mí qué me importa?

—Te importa, que lo vas á tener por cuñado, y que quisiera saber si te gusta para eso.

Ella se encogió de hombros.

—¿Gustarme? ¿y qué importa? Lo mismo me da él que Buteau, porque yo no he de dormir con ellos..... Pero si quieres que te diga la verdad, nada de eso me parece limpio.

Y se fué á concluir de comerse el pan al corral. Juan, turbado, hizo cómo que se reía, como si se tratase de la gracia de un chiquillo mimado, en tanto que la Frimat declaraba que en sus tiempos, á una muchacha que hiciese aquello la hubieran azotado hasta que la brotara la sangre. Elisa se puso seria y por un momento pareció ocuparse solamente de su leña. Luego dijo:

—Bueno; pues dejemos las cosas aquí, Caporal..... No os digo que no, pero tampoco os digo que sí todavía..... Veré á mis parientes, hablaré con ellos, y sabremos á qué atenernos. Luego decidiremos entre los dos. ¿Conviene?

—Conviene.

Ella alargó la mano y él la estrechó. De toda su persona, envuelta en el humillo húmedo del vapor, se exhalaba un olor á mujer de su casa y hacendosa, un olor á ceniza perfumada con iris.

IV.

Desde el día antes Juan trabajaba en las pocas tahullas de prado que dependían de la Borderie en las orillas del Aigre. Desde el amanecer hasta por la noche se había estado oyendo el ruido de las hoces de las segadoras, y aquella mañana debía acabarse la operación. Como la granja no tenía máquina para henear, le consintieron que tomase dos mujeres á jornal para hacer esa operación: Palmira, que se mataba á trabajar y que era más fuerte que un hombre, y Francisca, que se había ajustado por capricho, divertida por aquella faena. Las dos habían ido con él á las cinco de la mañana, y con sus grandes horquillas á propósito habían extendido la hierba que hecha pequeños haces el día anterior para preservarla de los efectos del rocío, estaba recogida en un lado del prado. El sol había salido en un cielo ardiente y puro, refrescado por ligera brisa.

Después de almorzar, cuando Juan volvió al trabajo con sus heneadoras, ya estaba todo el heneo del primer apartado. Juan tocó el heno y lo sintió seco y crujiente.

—Oid, vamos á darle otra vuelta, y mañana empezaremos á parvear.

Francisca, con una faldilla de tela gris, se había

atado á la cabeza un pañuelo azul, un pico del cual azotaba su nuca, mientras otros dos flotaban libremente sobre sus mejillas, protegiéndole la cara contra los ardores del sol, y balanceando su horquilla, cogía la hierba, la lanzaba al viento que se la llevaba, haciéndola aparecer como polvo de oro. Las hierbecillas volaban, despidiendo fuerte y penetrante aroma, el olor cálido de las hierbas cortadas y de las flores marchitas. Ella también tenía calor en medio de aquel movimiento continuo que la desvanecía.

—¡Ah pequeña!—dijo Palmira con su voz doliente.—Bien se vé que eres joven..... Ya verás esta noche cómo te duelen los brazos.

Pero ellas no estaban solas; todo Rognes se gaba y heneaba al mismo tiempo en los prados contiguos. Antes de amanecer se hallaba en el suyo Delhomme, porque la hierba húmeda de rocío es fácil de cortar porque está tierna, y luego se endurece á medida que va estando sometida á la acción del sol, y se la oía crujir bien á aquella hora bajo el filo de su hoz, manejada enérgicamente por sus nervudos brazos. Más cerca, tocando casi á las tierras de la granja, había dos parcelas, una que pertenecía á Macqueron y la otra á Lengaigne.

En la primera, Berta, vestida de señorita con una falda llena de volantes y un sombrero de paja, se hallaba acompañando á las heneadoras por distracción; pero cansada ya, permanecía apoyada en su horquilla á la sombra de un árbol. En la otra, Víctor, que trabajaba en lugar de su padre, acababa de sentarse y descansaba un momento con la hoz entre las piernas y golpeándola contra una piedra.

Desde hacia diez minutos, en medio del profundo silencio de los campos no se oía más ruido que aquel golpeteo cadencioso.

Justamente Francisca se acercaba á Berta.

—¿Eh? ¿te has cansado ya?

—Un poco. ¡Cuando no se tiene la costumbre! Empezaron á charlar y hablaron en voz baja de Susana, la hermana de Víctor á quien los Lengaigne habían colocado en un taller de modista, en Chateaudun, y que al cabo de seis meses se había escapado á Chartres para meterse en la vida. Decían que se había ido con el pasante de un notario: todas las muchachas de Rognes cuchicheaban acerca de ella y se forjaban en su imaginación multitud de pormenores pintorescos. Estar en la vida era entregarse á orgías de jarabe de grosella y agua de Seltz en medio de una porción de hombres que pasaban por la cama de ella á docenas.

—Sí, hija mía, así es..... ¡Te aseguro que la estarán poniendo buena!

Francisca, que era muy joven, se quedaba estupefacta y abría desmesuradamente los ojos.

—¡Vaya una diversión!—dijo por fin.—Pero si no vuelve, los Lengaigne se quedarán solos, porque parece que Víctor se tendrá que ir, puesto que ha caído soldado.

Berta, que sentía los mismos odios que su padre, se encogió de hombros; ¡vaya una cosa que les importaba á los Lengaigne! No tenían más que un pesar: el que su hija no se hubiera quedado en su casa, aunque fuese para entregarse á todos los hombres, pero ayudándoles á cuidar de su tienda de tabaco. Pues qué, ¿no la había disfrutado ya un tío suyo de cuarenta años, antes de que se mar-

chase á Chateaudun? Y bajando todavía más la voz, Berta explicó con todos sus pormenores la manera como había ocurrido la escena. Francisca, muerta de risa, la escuchaba y encontraba todo aquello muy extraño.

—¡Oh, caramba! ¡qué estupidez es hacerse esas cosas!

Emprendió de nuevo el trabajo y se alejó, echando al aire la hierba y sacudiéndola al sol.

Seguíase oyendo persistentemente el ruido de la hoz golpeando la piedra que Víctor tenía á sus pies, y algunos minutos después acercóse al joven y empezó á hablar con él.

—¿Conque te vas de soldado?

—¡Oh! ¡En Octubre.....! Tengo tiempo y no hay prisa ninguna.

Resistíase Francisca á hablarle de su hermana, y sin embargo no pudo remediar el sacar la conversación.

—¿Es verdad lo que dicen por ahí, que Susana está en Chartres ahora?

Pero el contestó con el tono de la mayor indiferencia.

—Parece que sí..... ¡Si eso le divierte!.....

De pronto replicó al ver llegar á lo lejos á Lequen, el maestro de escuela, que parecía ir de paseo:

—¡Allí hay uno para la hija de Macqueron!..... ¿No lo decía yo?..... Ya se ha parado y le mete la nariz entre los cabellos..... Anda, anda, cabeza de pierrot, huele todo lo que quieras que con el olor solo te quedarás.

Francisca se puso otra vez á reír, y Víctor se despachó á su gusto hablando contra Berta para

satisfacer su odio de familia. Indudablemente el maestro de escuela no valía gran cosa; un bribón que pegaba á los chicos; un hipócrita cuyas opiniones nadie conoce, y muy capaz de convertirse en el perrillo faldero de la chica por apoderarse del dinero del padre. Pero Berta tampoco era muy católica, á pesar de sus humos de señorita educada en un colegio. Sí, por más que llevase faldas con volantes y chaquetas de terciopelo, y que en vez de polisión se pusiese trapos en el trasero, mona se quedaba y por dentro era una bribona de tomo y lomo, porque en los colegios de Chateaudun se aprendían cosas mucho peores que quedándose en el pueblo cuidando vacas y llevándolas á pastar. No hay cuidado que esa se dejara hacer un chico; á esas les gusta más destruirse la salud ellas solitas.

—¿Y cómo es eso?—preguntó Francisca, que no comprendía.

Él hizo un gesto, ella se puso seria y dijo sin cortarse:

—Por eso será entonces por lo que siempre habla de porquerías y se me pone encima.

Víctor se había puesto á golpear de nuevo con el mango de su hoz sobre la piedra, y entre golpe y golpe deslizaba una frase.

—¿De modo que tú ya lo sabes? No tiene nada.....

—¿El qué?

—Berta está pelada..... No tiene pelos, y por eso los muchachos la llaman la pelada.

—Pero ¿qué pelos?

—Pues los pelos de cierto sitio, que lo tiene tan raso como la palma de la mano.

—¡Dale, embustero!

—¡Cuando te digo que sí!

—¿Lo has visto tú?

—Yo no, pero otros sí.

—¿Qué otros?

—Pues otros muchachos que juran habérselo visto.

—¿Y cómo y desde dónde lo han visto?

—Pues como se ven esas cosas cuando les arri-
ma uno las narices ó cuando las toca. Yo no sé;
pero no es necesario haber dormido con ella para
saberlo, porque hay momentos en que se remanga
una las faldas, ¿no es verdad?

—Entonces, habrán tenido que ir á espiarla.

—En fin, no sé cómo, pero ello es que parece
un bicho feo, muy feo, así como un pajarraco reci-
én nacido y todavía sin pluma, que abre el pico
desmesuradamente.

Francisca se echó á reir como una loca. La
imagen aquella del pajarraco sin pluma le hacía
mucha gracia y le parecía muy ingeniosa. Y no
se calmó ni continuó heneando hasta tanto que
vió por la carretera á su hermana Elisa que se
encaminaba hacia el prado. Ésta se acercó á Juan
para decirle que se decidía á ir á casa de su tío con
objeto de hablar á Buteau; hacía tres días que
tenía tomada esa resolución, y Elisa prometió lle-
garse por allí á la vuelta para darle cuenta del
resultado de su conversación. Cuando se alejó la
joven, Víctor seguía golpeando la piedra; Francis-
ca, Palmira y las otras mujeres seguían aventando
la hierba sin cesar ni un momento; en tanto que
Lequen, muy amable y rendido, daba una lección
á Berta manejando la hoz con la rigidez y regula-
ridad de un soldado en el ejercicio. A lo lejos los
segadores se iban acercando sin detenerse, con el

mismo movimiento rítmico, doblados por los ri-
ñones, inclinados hacia el suelo, con la hoz traba-
jando sin cesar, retirada y acercada al cuerpo con
movimiento regular y cadencioso. Un momento
Delhomme se detuvo y se puso de pie, destacán-
dose su elevada estatura entre todos, y el cuerno de
toro lleno de agua y pendiente de su cintura al
lado de la bolsa, de donde sacó una piedra negra
en la cual se puso á afilar la hoz. Luego desapa-
reció la silueta y volvió á oírse el ruido de su
instrumento de siega cebándose en la mies.

Elisa había llegado á la casa de los Fouan.
Al principio creyó que no había nadie, porque la
habitación parecía enteramente abandonada. Rosa
se había deshecho de sus dos vacas, el viejo aca-
baba de vender su caballo; ya no había allí ni
bestias, ni trabajo, ni nada que hiciese ruido en la
casa ni en el corral. La puerta, sin embargo, cedió
al empujón de Elisa, y la joven penetró en la de-
sierta y sombría sala baja, y encontró allí al tío
Fouan de pie y comiéndose un pedazo de pan y
queso, en tanto que su mujer, sentada y con los
brazos cruzados, lo contemplaba.

—Buenos días, tía. ¿Qué tal va? ¿estáis buenos?

—Sí, no va mal—respondió la tía, cuya fiso-
nomía se animó, satisfecha por aquella visita.—
Ahora que somos burgueses nos estamos sin hacer
nada desde por la mañana hasta por la noche.

Elisa quiso ser también amable con su tío.

—Por lo que veo, el apetito va también bien, ¿eh?

—¡Oh!—contestó el viejo—no es que tenga
hambre..... sino que como de cuando en cuando
por hacer algo..... De ese modo los días resultan
un poco más cortos.

Tenía un aire tan sombrío, que Rosa empezó á hablar, sin duda por animarlo, de las ventajas de vivir sin trabajar y de comer de sus rentas. Levantarse tarde, frotarse las manos, reirse de si hace calor ó hace frío, no tener preocupaciones de ninguna clase, ¡ah! todo aquello sí que era bueno; ¡Vivir en el paraíso! ¡Qué diferencia de antes! El viejo, animado por aquella pintura, se excitaba y revivía creyendo que era verdad, y bajo de aquella alegría forzada, de su exageración y de la fiebre producida por lo que estaban diciendo, notábase el fastidio profundo, el suplicio de la ociosidad que atormentaba á aquellos dos viejos desde que sus brazos, inertes de pronto, se desperezaban en el reposo, semejantes á máquinas antiguas arrinconadas y vendidas como hierro viejo.

Por fin Elisa se decidió á hablar del objeto de su visita.

—Tío, me han dicho que hablasteis con Buteau.

—¡Buteau es un granuja!—exclamó Fouan furioso, de pronto y sin dejarla concluir.—¿Es que si no se hubiese obstinado como un animal hubiera él tenido la cuestión desagradable que tuvo con Fanny?

Era el primer rozamiento que había habido entre él y sus hijos, y por lo mismo le era más doloroso y amargo. Al confiar la parte de Buteau á Delhomme, había pretendido arrendarlo por ochenta francos la hectárea, mientras que Delhomme no quería más que pagar una pensión doble, doscientos francos por su parte y otros doscientos por el otro. La cosa era justa, y el viejo se ponía rabioso cuando pensaba que no había tenido razón para exigir más.

—¿Y qué?—preguntó Elisa.—¿Es que los Delhomme no pagan bien?

—¡Oh, sí!—respondió Rosa.—El día que cumple el trimestre, sin falta, á las doce de la mañana está el dinero ahí, encima de la mesa.... ¡Pero hay maneras de pagar y maneras de pagar! ¿no es verdad? Y tu tío, que es muy susceptible, sobre todo desde que ha tenido el disgusto con Buteau, quisiera que le guardasen más consideraciones, y no le gusta que Fanny venga á nuestra casa como iría á la del usurero, como si la robaran.

—Sí—añadió el viejo.—pagan y nada más. Yo creo que eso no es bastante. Era menester que tuviesen miramientos y respeto.... Pues qué, ¿se creen ellos cumplidos con dar su dinero?.... Aquí nos tienes hechos unos simples acreedores, y ni siquiera puede uno quejarse.... ¡Y todavía si pagan todos!....

El viejo se interrumpió y hubo un momento de silencio embarazoso. Aquella alusión á Jesucristo, que no les había dado un céntimo, bebiéndose su parte que iba hipotecando poco á poco, desolaba á la madre, siempre dispuesta á defender al ganapán, que era el predilecto suyo, las niñas de sus ojos. Echóse á temblar al ver que iban á hablar mal de él, y se apresuró á responder:

—¡No te quemes la sangre con esas tonterías!.... Puesto que nosotros somos dichosos, ¿qué te importan los demás? Cuando se tiene bastante, se tiene bastante y se acabó.

Jamás le había hecho resistencia de aquel modo. Él la miró con fijeza.

—¡Hablas demasiado, vieja!.... Quiero ser feliz, pero es necesario además que no me fastidien.

Y ella se hizo en seguida la pequeña y guardó silencio, en tanto que su marido se acababa de comer el pan y el queso que tenía en la mano, conservando mucho rato en la boca el último bocado y mascándolo muy despacio para que durase más el entretenimiento. La sala silenciosa parecía aún más triste y sombría.

—Pues yo quisiera saber—continuó Elisa—qué piensa Buteau respecto á mí y á su hijo.... No le he molestado nunca, y creo que ya es hora de decidirse.

Los dos viejos no decían palabra. La joven interrogó directamente á su tío:

—Puesto que le habéis visto, os habrá hablado de mí.... ¿Qué ha dicho?

—¡Nada, ni palabra.... absolutamente nada! El cura me está fastidiando continuamente porque yo arregle eso. ¡Como si fuera posible hacerlo mientras el muchacho no quiera!

Elisa, llena de incertidumbre, reflexionaba.

—¿Creéis que querrá algún día?

—Es posible.

—¿Y pensáis que se casará conmigo?

—Hay probabilidades.

—¿Me aconsejáis que espere?

—¡Caramba! eso depende de las fuerzas con que te sientas. Cada cual hace lo que quiere.

Ella guardó silencio, porque no quería hablar de las proposiciones de Juan y porque no sabía de qué medios valerse para obtener una respuesta definitiva y satisfactoria.

—Ya comprenderéis que al fin me harto de no saber á qué atenerme. Necesito un sí ó un no.... Vos, tío, podríais preguntárselo á Buteau, y yo os lo agradecería muchísimo.

Fouan se encogió de hombros.

—En primer lugar, yo no he de volver á hablar é ese granuja.... Y además, hija, ¿á qué apurarlo, cuando es tan terco que como se le haga decir una vez que no, ya no hay medio de que diga que sí nunca? Déjalo en libertad, y que se case cuando él quiera.

—Pues es claro—añadió simplemente Rosa, que volvía á su costumbre de no ser más que el eco fiel de su marido.

Y Elisa no pudo sacarles una palabra más. Así es que los dejó, volvió á cerrar la puerta de la sala y se fué, dejando que la casa adquiriera de nuevo su aspecto sombrío.

En los campos y orillas del Aigre, Juan y sus dos heneadoras habían comenzado á formar el primer montón de mies. Francisca era la que lo iba formando. En el centro, subida en un montón grande de paja, disponía y colocaba en círculo los haces de heno que le llevaban Juan y Palmira. Y poco á poco el montón iba subiendo, se levantaba con ella siempre en medio y metida en la hierba hasta los muslos. El montón iba tomando forma; ya tenía dos metros de alto; Palmira y Juan se veían obligados á darle los haces con las horquillas, porque no alcanzaban ya con las manos; y la faena seguía sazonada con grandes risas á causa de la alegría que da siempre el campo y de las tonterías que unos á otros se dirigían, excitados por el olor del heno. Francisca, sobre todo, con el pañuelo caído sobre el cuello, con la cabeza desnuda, el cabello en desórden, enredado con hierbas y florecillas secas, experimentaba extrañas sensaciones sobre aquel montón movidizo donde

se hundía hasta los muslos. Sus brazos desnudos se hundían también en el heno; cada haz lanzado desde abajo la cubría de una lluvia de pajillas y desaparecía, fingiendo naufragar en aquel mar de mies.

—¡Ay, ay! me ha picado aquí.

—¿Dónde?

—¡Aquí, en la corba!

—Eso es una araña. ¡Ten cuidado y aprieta las piernas!

Y rieron más y mejor é hicieron llover las frases de dudoso sentido y las bromas groseras.

Delhomme desde lejos lo advirtió y volvió un momento la cabeza, sin dejar por eso de hacer trabajar á la hoz. ¡Ah! la pícara muchacha debía trabajar en vez de jugar tanto. Ahora echaban á perder á las chicas y sólo trabajaban por divertirse. Y continuó cortando mies á toda prisa y dejando en pos de sí grandes cantidades segadas. El sol iba bajando allá en el horizonte; los segadores iban ensanchando cada vez más los claros que hacían en la mies. Víctor era el único que no se apresuraba, y al ver que la Trouille pasaba por allí con sus gansos, se escapó disimuladamente para buscarla al otro lado de una fila de árboles que había á la orilla del río.

—¡Bueno!—gritó Juan;—ése ya se va en busca de su hembra que lo espera de seguro.

Francisca soltó la carcajada.

—Es demasiado viejo para ella.

—¡Demasiado viejo!.... ¡Pues mira, se arreglan bien!

Y con un silbido especial imitaba el ruido de un cuchilloafilándose en una piedra de amolar, tan bien

imitado, que la misma Palmira se sujetaba el vientre sin poder contener la risa, como si sintiera dolores de cólico, á la vez que decía:

—¿Qué demonios tiene Juan hoy? ¡Qué bromista está!

Cada vez había que tirar más altos los haces de leña. Luego empezaron las bromas sobre Lequen y Berta, que había acabado por sentarse al lado de la otra. Tal vez la pelada estaría haciendo que le hiciese el otro cosquillas con una paja desde lejos; pero lo que es el maestro de escuela no conseguiría nada más, porque no era para él aquella galleta.

—¡Si será cochino!—exclamó Palmira, que ya no tenía fuerzas para reír más.

Entonces Juan la emprendió con ella.

—¡Vamos, que vos no habréis llegado á los treinta y dos años sin que nadie os lo toque!

—¡A mí, jamás; nadie!

—¡Cómo! ¿ningún muchacho lo ha intentado? ¿No habéis tenido novio?

—¡No, ninguno!

Ella se había puesto pálida, muy seria y mostrando entristecida aquella cara flaca y macilenta, trabajada por la miseria, en la cual lucían dos ojos de perro fiel á su amo. Tal vez se puso á pensar en su triste vida, sin una amistad, sin un amor, haciendo siempre la existencia de una bestia tratada de continuo á latigazos y muerta de sueño al entrar por la noche en la cuadra; y se había detenido, de pie, con los puños apoyados en el palo de la horquilla, mirando sin ver hacia el horizonte.

Hubo un momento de silencio. Francisca, inmóvil en lo alto del montón, escuchaba, mientras que

Juan se detenía un momento para respirar también, y bromeaba sin atreverse á soltar la especie que tenía en la punta de la lengua. Al fin se decidió y lo soltó todo.

—¿De modo que es mentira eso que dicen de que os acostáis con vuestro hermano?

De lívida que estaba Palmira se puso roja como una cereza y empezó á tartamudear, sorprendida, irritada, sin encontrar el mentís que deseaba formular.

—¡Oh, infames! ¿quién puede creer eso?

Y Francisca y Juan, cada vez más alegres, hablaban á la vez, acosándola y desesperándola. ¡Qué demonio! En la cuadra derruida donde vivían ella y su hermano, no había medio de moverse sin caer el uno encima del otro. Los jergones estaban juntos, y no tenía nada de extraño que los equivocasen de noche.

—Vamos, si es verdad, confesadlo..... Además, lo sabe todo el mundo.

Palmira erguida, furiosa, empezó á defenderse.

—Y aunque fuese verdad, ¿qué le importa á nadie?..... El pobrecillo no tiene placeres ningunos. Soy su hermana y podría ser su mujer, puesto que todas las muchachas le rechazan.

Dos lágrimas corrieron por sus mejillas á aquella confesión, en el desgarramiento de su maternidad por el enfermo, que llegaba hasta el incesto. Después de haberle alimentado, aun podía por la noche darle lo que las otras le rechazaban, un regalo que no le costaba nada; y en el fondo de su oscura inteligencia de seres tan pegados á la tierra, de parias cuyo amor nadie había querido, ellos no supieron cómo había sucedido la cosa: una

aproximación instintiva sin consentimiento reflexivo, él atormentado y bestial, ella pasiva y buena para todo, cediendo en seguida el uno y el otro al consuelo de encontrar calor en aquella zahurda donde tiritaban.

—Ella tiene razón; ¿qué nos importa? — dijo Juan con su aire grave de buen muchacho, conmovido al verla tan trastornada.—Eso es cosa de ellos y á nadie hace daño.

Pero vino á ocuparles otra historia. Jesucristo acababa de bajar del castillo, la antigua cueva que ocupaba, y desde lo alto del camino llamaba á la Treuille con toda la fuerza de sus pulmones, jurando y gritando que su hija había desaparecido hacía dos horas, sin inquietarse por la sopa para la noche.

—Tu hija—le gritó Juan— está debajo de los sauces mirando la luna con Víctor.

Jesucristo cerró los puños.

—¡Esa pérdida me deshonorra!..... Voy á buscar mi látigo.

Y volvió á subir corriendo. Se trataba de un látigo que tenía colgado detrás de la puerta para aquellas ocasiones.

Pero la Treuille había debido escucharle. Oyóse un rumor de hojas y un ruido de huída, y dos minutos después reapareció Víctor, con paso perezoso, poniéndose otra vez á trabajar. Y como Juan desde lejos le preguntase si había tenido cólico, le respondió:

—¡Justo!

Habiase acabado el pajar, de una altura de cuatro metros, sólido y redondeado. Palmira con sus largos brazos delgados echó las últimas garvas, y

Francisca, de pie en lo alto, parecía entonces agrandarse sobre el pálido cielo, sofocada, toda vibrante por sus esfuerzos, inundada de sudor, con los cabellos pegados á la piel, y tan en desorden, que su corpiño bailaba sobre sus duros pechos, y la saya, suelta, colgaba de sus caderas.

—¡Oh, qué alto está esto!..... Se me va la cabeza.

Y reía estremeciéndose, vacilando, no atreviéndose á bajar, adelantando un pie para retirarlo en seguida.

—No; está muy alto. Vé á buscar una escalera.

—¡Pero, tonta!—dijo Juan;—¡siéntate y déjate resbalar!

—¡No, no, me da miedo; no puedo!

Y hubo gritos, consejos y bromas picantes. ¡No sobre la tripa, porque se podría hinchar! ¡Sobre el trasero, á menos que tenga almorranas!

Y él abajo se excitaba con los ojos levantados para verla las piernas, exasperado de verla tan alta, fuera de su alcance, acometido inconscientemente de un deseo de macho de atraparla y poseerla.

—¡Cuando yo te digo que no te romperás nada!..... Déjate rodar, que caerás en mis brazos.

—¡No, no!

Juan se había colocado delante del pajar, extendiendo los brazos y ofreciéndole su pecho para que se tirase. Y cuando, decidiéndose de pronto y cerrando los ojos, ella se dejó caer, su caída fué tan rápida por la resbaladiza, pendiente de paja, que le tiró por tierra, casi estrangulándole entre sus muslos. En tierra ya, se ahogaba á fuerza de

reír, diciendo que no se había hecho daño. Pero al sentirla sudorosa y ardiente contra su rostro, él la sujetó. Aquel olor de mujer, aquel violento perfume de paja batida por un fuerte viento, le embriagaba, estremeciendo todos sus músculos en una rabia brusca de deseos. Además había allí otra cosa: una pasión oculta por aquella niña, y que estallaba de pronto; una ternura de los sentidos y del alma, que venía de atrás, y aumentada con sus miradas y con sus risas, haciendo nacer el deseo de gozarla allí, sobre la hierba.

—¡Oh, Juan, basta! ¡que me ahogas!

Y reía siempre creyendo que él jugaba. Y él, habiendo encontrado las miradas de Palmira, se estremeció y se levantó con el aire de un borracho á quien despeja el borde de un precipicio. ¿Qué? ¡No era á Elisa á quien quería, sino á aquella chiquilla! Jamás había hecho palpar su corazón la idea de la piel de Elisa rozando contra la suya, mientras que toda su sangre se alborotaba al solo pensamiento de abrazar á Francisca. Ahora ya sabía por qué le gustaba tanto visitar y ser útil á las dos hermanas. ¡Pero la niña era tan joven! Quedó desesperado y vergonzoso.

Precisamente Elisa volvía de casa de los Fouan. Por el camino había reflexionado. Ella habría preferido á Buteau, porque al menos era el padre de su hijo. Los viejos tenían razón; ¿por qué luchar? El día en que Buteau dijera que no, allí estaría siempre Juan que diría que sí.

Abordó á éste diciéndole:

—No hay contestación; el tío no sabe nada.... esperemos.

Trastornado, estremeciéndose todavía, Juan la

miraba sin comprender. Pero en seguida recordó: el matrimonio, el consentimiento de Buteau, todo aquel asunto que consideraba dos horas antes como ventajoso para ella y para él. Apresuróse á decir:

—Sí, sí, esperemos; eso es mejor.

Venía la noche, y en el cielo brillaba ya una estrella color de violeta. En el crepúsculo creciente no se distinguían más que los vagos contornos de los primeros pajares que salpicaban la extensión rasa de las praderas. Pero los olores de la tierra caliente se esparcían con más fuerza en la serenidad del aire, y los ruidos se oían mejor, prolongados con una limpidez musical. Eran voces de hombres y de mujeres, risas que se apagaban, el relincho de un animal, el choque de una herramienta, mientras que los segadores trabajaban siempre sin descansar, agrupándose en un rincón de prado; y lleno, regular, subía todavía el silbido de las hoces, de aquel trabajo que ya no se veía.

V.

Habían transcurrido dos años en aquella vida activa y monótona de los campos, y Rognes había visto, con la vuelta fatal de las estaciones y el eterno andar de las cosas, los mismos trabajos, los mismos descansos.

Había allá abajo, en el camino, en el rincón de la escuela, una fuente de agua viva, adonde bajaban todas las mujeres por el agua para la comida, pues en las casas no tenían más que para las bestias y para el riego. A las seis de la tarde, aquel

era el mentidero del país; los menores acontecimientos encontraban allí un eco, y se entregaban allí á comentarios sin fin sobre que éstos habían comido un jigote, acerca de la hija de aquéllos, embarazada desde la Candelaria; y durante aquellos dos años habían rodado los mismos chismes, volviendo y repitiéndose, siempre de niños hechos muy pronto, de hombres borrachos, de mujeres abofeteadas, mucho trabajo y mucha miseria. ¡Habían sucedido tantas cosas, y siempre lo mismo!

Los Fouan, cuya donación de bienes había apasionado mucho, vegetaban tan escondidos, que se les olvidaba. El negocio había quedado en tal estado; Buteau se obstinaba y no se casaba con la mayor de las Mouche, que criaba á su hijo. A Juan se le había acusado de dormir con Elisa, aunque acaso ya no dormía; ¿pero por qué entonces continuaba visitando la casa de las dos hermanas? La chismografía de la fuente había languidecido algunos días sin la rivalidad de Celina Macqueron y de Flora Lengaigne, que la Becú lanzaba una contra otra con el pretexto de reconciliarlas. Luego, cuando había más calma, acababan de estallar grandes acontecimientos: las próximas elecciones y la cuestión del famoso ferrocarril de Chateaudun que avivaron la chismografía. Las vasijas ya llenas estaban en fila y las mujeres no se iban. Era un sábado.

Precisamente al día siguiente, el señor de Chevdeville, diputado saliente, almorzaba en la granja de la Borderie con Hourdequin. Hacia su expedición electoral y trataba de conquistar á éste, muy influyente en el distrito, aunque estuviese casi cierto de ser reelegido, gracias á su título de can-